

CUATRO DÍAS EN LOS PICOS DE EUROPA, CON UNA ESCALADA AL NARANJO DE BULNES

¡P OR fin llegó el anhelado día! Después de revisar nuestras bien repletas mochilas, dar un vistazo al cielo y otro al barómetro, emprendemos la marcha un sábado por la tarde, con el propósito de acampar en el Puerto de Ullances (en el macizo oriental de Picos de Europa).

Antes que hubiéramos andado la mitad de nuestro camino, unos nubarrones seguidos de unos truenos nos hace pensar con pena que pueda quedar frustrada la excursión de "fondo" (como nosotros veníamos llamándola al prepararla). La suerte que este año nos ha acompañado en todas las excursiones por Picos de Europa quería sin duda seguir con nosotros, pues el siguiente día amaneció espléndido, sólo turbado por algunos jirones de niebla que quedaron flotando sobre los paredones de la canal de San Carlos.

Son las siete de la mañana cuando empezamos a subir la peñosa canal, sobre todo con los 30 kilogramos de peso que llevamos cada uno; después de hora y media de camino entre pedregales y graveras, coronamos el alto de la canal, de donde se domina toda la cuenta minera de Andara y un magnífico mar de nubes saturado por todos los colores del iris. Ascendemos al pico de San Carlos (2.100 m.), de donde se contempla con diáfana visibilidad todos los pueblecitos del valle de Liébana.

Como el objeto principal de nuestra excursión es ver el Naranjo, dormir en su vega e intentar escalar sus paredones, descendemos rápidamente de esta cumbre, pues sentimos cierta prisa por llegar al pie del coloso.

Atravesamos la cuenca minera de Andara, toda horadada y llena de escom-

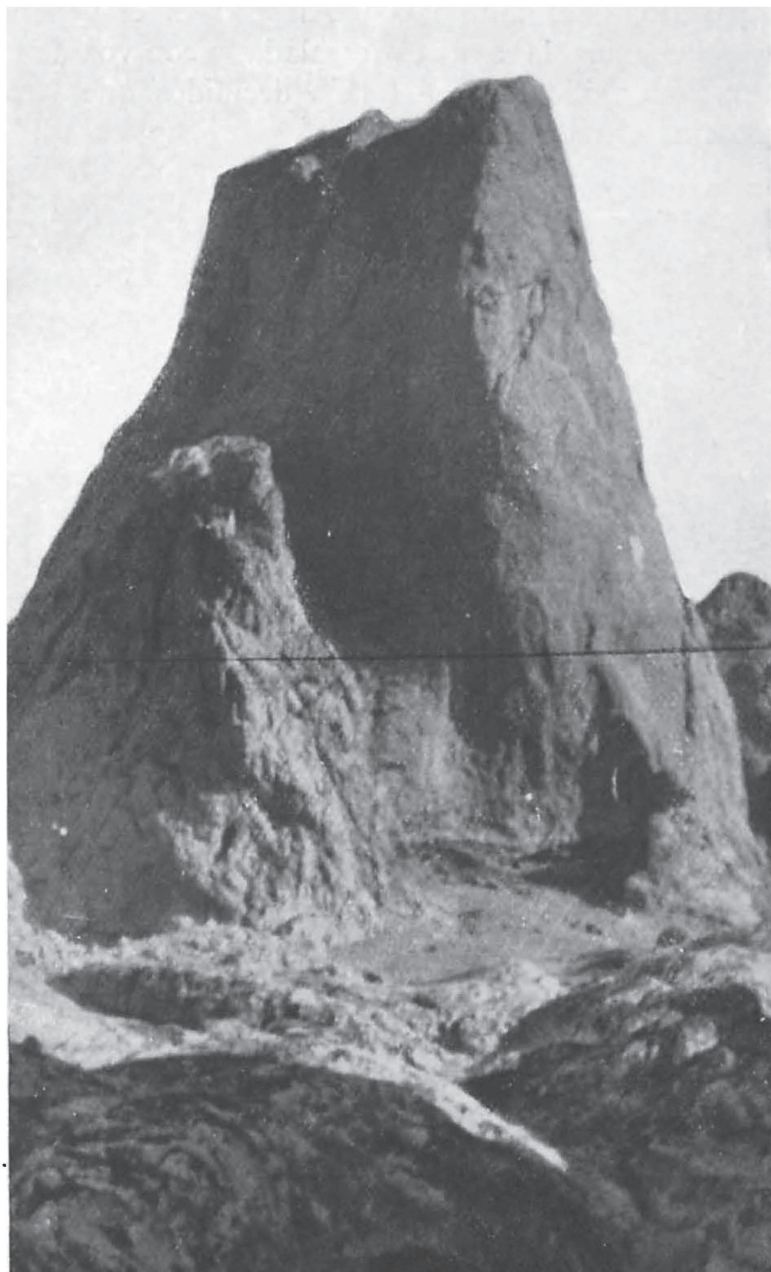
breras, surcada de caminos, y, a buen paso, nos ponemos en el que nos conducirá a Sotres, donde llegamos a las doce en punto. En este lugar visitamos a nuestro buen amigo Rufino, en cuya casa reponemos nuestras fuerzas y aligeramos el peso de nuestras mochilas.

Hora y media de camino y estamos en las frescas camperas de Pandébano, sitio éste donde teníamos citado a Alfonso Martínez, gran amigo nuestro, formidable guía e insuperable escalador; preguntamos por él a unos bulneses, a los que les dejamos la razón de que le esperamos al pie del Naranjo. Dirigimos nuestros pasos a los invernales de la Jelguera, donde tomamos el camino que atraviesa desde dichos invernales a la canal de Camburero. Después de hora y media de marcha, perdemos el camino y la noche nos sorprende, teniendo que instalar nuestra tienda, no sin pocas dificultades, en un collado de larga hierba con mucha inclinación. Aquí pasamos la noche con el camino perdido y con la incertidumbre de dar con él al día siguiente. Con impaciencia esperamos el día, y a los primeros rayos de la aurora recogimos nuestros morrales y tienda y nos apresuramos a reconocer el terreno, encontrando el camino que nos condujo a la canal de Camburero, desde la cual la magnífica silueta del "Picu" se recorta formidablemente sobre el azul del cielo.

Nosotros podemos decir que somos de los Picos; conocemos el Naranjo por haber pasado por su base en años anteriores, y, sin embargo, al contemplar ahora desde la canal su majestad, nos parece será demasiado para nuestras facultades y casi nos convencemos de que no conseguiremos dominar su cumbre.

Dos horas hace que estamos al pie del Naranjo; hemos lanzado innumerables llamadas montañeras y ya nos impacienta la tardanza de Alfonso, cuando éste contesta a uno de nuestros gritos y le

Después de subir la canal de la Celada, beber y llenar la cantimplora en una fresca fuente, nos encontramos al pie de la escalada. Todos muy decididos y muy animados, emprendemos con ganas por



El Pico de Urriello.

(Fot. E. Bustamante.)

vemos subir acompañado de dos muchachos que luego sabemos son de la capital donostiarra.

Son las once cuarenta y cinco, y mientras hacemos una ligera comida, uno de los donostiarras decide no intentar la escalada por no estar entrenado para esta clase de ascensiones.

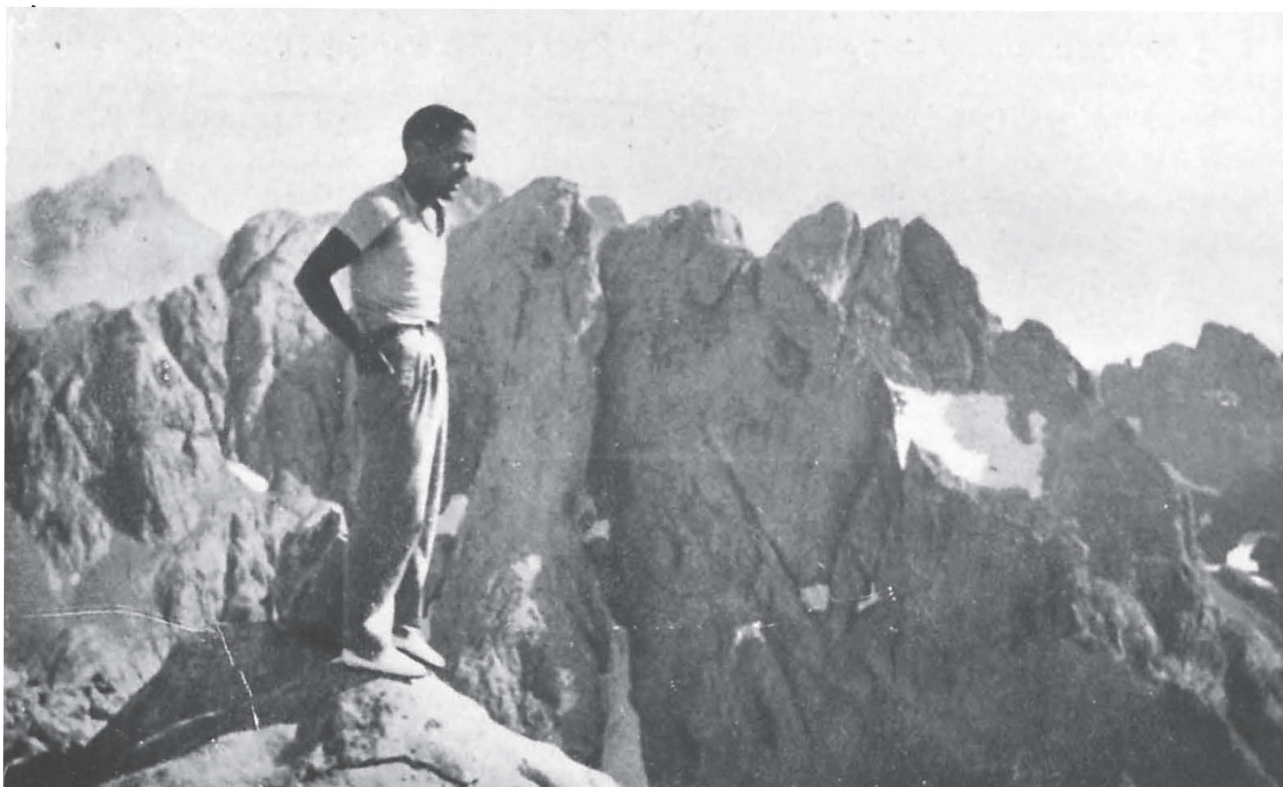
una grieta fácil. Alfonso va en último término; me fijo que nos observa detalladamente, y me parece que de la observación ha sacado una sonrisa optimista.

Vamos ganando altura por una grieta que en pocos minutos nos pone en un paredón de considerable altura; la grieta

ta se estrecha y, para seguir subiendo, hace falta salirse de ella, atravesar un saliente de la roca, que además de dejarle a uno en el vacío, no encuentra una forma de sujetar las manos y hasta las corizas se niegan a agarrar en la pulida roca; intentamos pasarlo, pero ante la seriedad del caso solicitamos la ayuda de Alfonso, que con gran agilidad y admirable maestría domina el paso, pegán-

mos, en lo que podamos, molestar demasiado a Alfonso. A partir de este momento nos sentimos optimistas; nos convencemos de la seguridad de la cuerda y de que nuestras facultades se encuentran en plena forma.

Alfonso es el general en jefe de la escalada, y con voz de mando dice: "Los más decididos que vayan subiendo por esta grieta, pues así iremos ganando



En la cumbre del Picu.

(Fot. E. Bustamante.)

dose a la roca como si ésta le atrajera. Aquí empieza a funcionar la cuerda. Alfonso sube unos 20 metros, asegura los pies en un saliente de la roca y con gran tranquilidad echa la cuerda y nos indica la forma de amarrarse. Han subido los 20 metros (siguiendo turno) mi amigo y el donostiarra; están separados por unos dos metros en unos agarraderos bastante buenos, pero salidos completamente en el precipicio. Me llegó el turno a mí, y al igual que mis compañeros, subo de tal forma que la cuerda no sea más que una ayuda moral, pues además de no querer subir en *ascensor*, tampoco quere-

tiempo". Hemos llegado al ya famoso paso horizontal; hay que atravesar unas llambrias por el mismo precipicio, que apenas tiene por donde agarrarse; Alfonso pasa, no sin precauciones; nos echa la cuerda y por turno vamos pasando, quedándonos distanciados unos tres metros para buscar sitio "seguro", que consiste en lo justo para los pies y unos agarraderos para las manos, en unos precipicios de 200 metros.

Mientras estoy aquí esperando a que pasen mis compañeros, mirando sin miedo al precipicio, me hago una idea de lo que aquí pasaría si a alguien le diera el

vértigo o sufriera cualquier desvanecimiento, cuando fui sacado de mis meditaciones por unas piruetas que Alfonso hacía para llegar hasta nosotros, al mismo tiempo que entonaba tranquilamente una canción asturiana.

Seguimos subiendo, ayudados por la cuerda, unos cáñalicos que, aunque tienen donde agarrarse, suben casi verticalmente, continuando por unas grietas que desaparecen; nos vamos dando cuenta que ya la cumbre será nuestra. Unos tragos de la cantimplora, Alfonso deja la cuerda y corriendo nos encaminamos a la cumbre, que dominamos a las dos cuarenta y cinco. ¡Nuestra satisfacción no tiene límites! Abrazamos a Alfonso, y con gran contento lanzamos al espacio un grito montañero.

Una hora larga hemos estado con gran tranquilidad en la cumbre. Nuestros aparatos fotográficos han disparado en todas direcciones; hemos revisado el libro del buzón, colocado por la Sociedad de Alpinismo PEÑALARA; recogemos las tarjetas que días antes dejaron dos madrileños; firmamos y dejamos nuestras tarjetas.

El descenso lo hacemos por el mismo itinerario de subida, descolgándonos por canalicos y atravesando llambrialinas. En el último paso vertical, Alfonso baja en rappel y consigo hacer una foto escalofriante. Mientras nos vamos deslizado por unas grietas (fuera ya de peligro), mi compañero, que se ha adelantado y nos observa, nos cuenta al reunirnos con

él que lo más emocionante hubiera sido contemplar desde abajo la escalada.

Nos despedimos de Alfonso, que se dirige por el collado del Oso a los Puertos de Aliva, y nosotros bajamos muy contentos a la vega de Urriello, donde encontramos al donostiarra, ya impaciente, e instalamos nuestra tienda, que aunque es sólo para dos, esta noche ha de servir de albergue de cuatro.

El martes, de madrugada, cargamos con nuestros morrales, sacos y tienda; atravesamos los hoyos de los Boches, para salir por el collado de Santa Ana a los Tiros del Rey, próximos a la base por donde se sube corrientemente a Peña Vieja. Aligerados de carga y ropa, acostumbrados a andar por otros caminos, la ascensión a Peña Vieja nos parece una carretera, culminando en quince minutos y haciendo la bajada en siete.

Son las siete de la tarde cuando estamos instalando nuestra tienda en la muhida campera de Aliva, que esta noche albergará bajo su techo sólo a mi amigo y a mí, pues los dos donostiarras pasarán la noche en el refugio de Aliva.

En la mañana del miércoles nos despedimos de los dos donostiarras, de los que el uno va para Poncebos y el otro para Valdeón, y nosotros gastamos tranquilamente el día por el frondoso y bellísimo valle de Camaleño, dando fin a la excursión a las seis de la tarde en el conocido pueblo de Potes.

EUSEBIO BUSTAMANTE